

La agresión

El 26 de septiembre, la asamblea estudiantil de la Normal Rural Isidro Burgos decidió asistir a la marcha conmemorativa del 2 de octubre en la ciudad de México. Como en otras ocasiones en que el número de estudiantes sobrepasaba la capacidad del transporte escolar —un camión y dos Urvan—, propusieron retener tres autobuses. Además, los necesitarían para las prácticas docentes en comunidades de las siete regiones del estado. Esta vez lo harían en Iguala, pues un día antes, otros compañeros habían sido intimidados por la policía en la central de Chilpancingo.

Era una práctica regular. Un modo de resolver problemas coyunturales. Las empresas lo sabían, el gobierno del estado también. Más aún: había un acuerdo informal, tácito. La toma de los camiones sería pacífica y los devolverían sin daño. Claro está, ellos pagarían la gasolina y los viáticos de los choferes. No es una práctica de los normalistas de Ayotzincapa nada más. Ocurre en otras normales rurales. En algunas, se sabe que las líneas de autobuses pasan la factura a los gobiernos estatales y éstos la descuentan del presupuesto para raciones. No siempre, afortunadamente.

La comisión estaba integrada por unos ochenta estudiantes de primer semestre, *Los Pelones*, así como por miembros del comité estudiantil. Salieron cerca de las seis de la tarde, en otros dos autobuses de la línea Estrella de Oro. Se detuvieron en el camino para botear y dar a los choferes una compensación económica. Después de las siete de la noche, llegaron al cruce de la carretera federal Chilpancingo-Iguala y Huitzucó. Pasaron los retenes sin que nadie los molestara. Se dirigieron a la central de autobuses de Estrella Blanca, en Arteaga, entre Galeana y Altamirano. Frente al mercado municipal.¹

¹ Esta reconstrucción se basa primordialmente en los testimonios de sobrevivientes de la agresión, disponibles en las redes sociales, así como en diversos reportajes aparecidos en *El Sur*. En

LOS ATAQUES

Fueron cuatro. Coordinados. Sucesivos. Planeados. Ejecutados con saña. Con objetivos definidos: escarmentar a los adversarios, mostrar la capacidad de fuerza, regodearse en el odio, infundir miedo y, sobre todo, exhibir el poder.

Primero

Pasadas las ocho de la noche, los estudiantes llegaron a la central. Avisaron a los encargados de la empresa y retuvieron dos autobuses de Costa Line y uno de Estrella Roja. Los dos primeros salieron por Ignacio Manuel Altamirano hasta llegar a Periférico Sur. Los otros dos, los que acababan de tomar, se dirigieron hacia Periférico Norte. Tomaron Hermenegildo Galeana, que cambia de nombre a Juan Álvarez. Al pasar por el zócalo, donde horas antes la esposa del presidente municipal había dado su informe como responsable del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF), los siguieron cinco patrullas. Los venían siguiendo, monitoreando incluso, quizá desde que llegaron. O desde que partieron de Iguala. Siempre lo hacían. Se detuvieron a hablar con los policías. Recibieron balazos. Primero les tiraron a los pies, luego a los autobuses. Y a ellos. Regresaron al primer camión y se fueron. Rápido, trataron de escapar.

Segundo

En la esquina de las calles Juan Álvarez y Periférico Norte, alrededor de las nueve de la noche, una mujer policía atravesó una patrulla. Algunos estudiantes bajaron, pidieron que desbloquearan el camino. No hubo respuesta. Trataron de quitarla, incluso un estudiante intentó arrancar el motor. No pudo. La empujaron. Tampoco lograron moverla. Entonces se escucharon detonaciones. Aldo Gutiérrez Sotelo, de primer semestre, 19 años, originario de Zihuatanejo, cayó de un disparo en la cabeza. Daniel Solís Gallardo, de Zihuatanejo, 18 años, de primer semestre de la Licenciatura en Educación Primaria, murió en el acto. Edgar Andrés Vargas recibió un balazo en la cara. Inició la desbandada. Algunos se metieron debajo del autobús. Eran los que quedaron entre los dos camiones recién tomados. Marcaron al 066 para pedir una ambulancia. La operadora no quiso atenderlos.

particular, Jacob Morales Antonio, “Al menos 40 de los estudiantes que están desaparecidos fueron detenidos por policías de Iguala, afirman testigos”, *El Sur*, 29 de septiembre de 2014; Anarsis Pacheco Pólito, “Si nos hubiéramos mantenido en la carretera a la mejor nos hubieran ido a rematar”, *El Sur*, 4 de octubre de 2014.

Los paramédicos llegaron media hora más tarde. Los que se presentaron diez minutos después fueron otros policías, a bordo de tres patrullas de doble cabina. De esas tipo Ram. Un comandante se bajó y dijo querer dialogar. Los estudiantes pidieron que bajaran las armas. La respuesta fue una amenaza: “como quiera, ahorita los voy venir a levantar”. Y sí, era lo que estaban haciendo los policías de las patrullas 018, 020, 023, 027, 028 y 302 con los estudiantes del autobús de la retaguardia.

Al recibir las llamadas de sus compañeros, los que se encontraban en los primeros autobuses regresaron a Iguala. Cuando llegaron a Periférico Norte, tres patrullas les cerraron el paso. Como los otros, se bajaron a dialogar. Los policías los recibieron con las armas dispuestas. Apuntaban a su pecho. En ese momento empezaron a correr. Eran como quince estudiantes. Unos corrieron al cerro. Otros a la avenida Dr. Arturo Beltrán Ortega. Cruzaron el puente, el que está por el Tecnológico. Ahí vieron a un chofer de Estrella de Oro herido, junto a una patrulla. Se escondieron. Temblando por la lluvia y por el miedo. Ahí se quedaron hasta la mañana siguiente.

Eran cerca de las diez de la noche cuando los pasajeros que llegaban a la ciudad reportaban que en el cruce de la autopista un retén de la policía federal y el ejército controlaban los accesos y las salidas de Iguala. Justo cuando los estudiantes eran balaceados, perseguidos y detenidos.

Tercero

Los policías continuaron buscando a los normalistas. En la ciudad y en la carretera a Chilpancingo. En el trayecto, atacaron autobuses, taxis y camiones. Cerca de la medianoche, el taxi en el que viajaban varios dirigentes de la Unión Nacional de Sindicatos del Colegio de Bachilleres de la República Mexicana pasó el retén de policías y militares. Poco después, al llegar al cruce de Santa Teresa, divisaron una camioneta con seis personas armadas. Vestían de policías, estaban en posición de ataque. Cuando pasaron junto a ellos les comenzaron a disparar. El taxista apagó las luces y aceleró. Les poncharon tres llantas y perforaron el radiador. No pudieron avanzar mucho. Unos 300 metros después se detuvieron. Minutos más tarde pasó un camión torton al que también le habían disparado los policías. Iban tres heridos.

Por ahí pasaba también el autobús en el que viajaban los integrantes del equipo de futbol Los Avispones, de Chilpancingo, de la tercera división del futbol mexicano. Acababan de ganarle al equipo de Iguala, tres goles a uno, cuando poco después de las doce de la noche una camioneta les cerró el paso. El chofer tuvo que maniobrar, mientras se escuchaban

las ráfagas de metralletas. Víctor Manuel Lugo Ortiz, *El Barcel*, cayó herido de muerte. El camión se volcó. Las balas alcanzaron a otros seis vehículos. Varias de esas mataron a la señora Blanca Montiel Sánchez, e hirieron al conductor y a otros tres pasajeros de un colectivo.

Los primeros disparos acabaron con la vida del chofer. Cuando el camión se detuvo, los policías intentaron abrir la puerta. No pudieron, estaba estancada. El entrenador del equipo les gritaba que no dispararan, que eran jóvenes futbolistas. Pero no hacían caso. “Los vamos a matar a todos”, le contestaron. Y dispararon, hiriéndolo en el rostro y en el pecho. Las balas alcanzaron también a David Josué García Evangelista, *El Pollo*, un mediocampista de quince años, y a varios futbolistas más. Veinte minutos duró la balacera. Dos horas después llegó la ayuda. Los policías federales no quisieron llevarse a los heridos. Luego lo hizo la Cruz Roja. El 066 no funcionó. Otra vez.

Cuarto

Alrededor de las 12:30 de la noche, del 27 de septiembre, un grupo de normalistas que habían llegado a socorrer a sus compañeros, del comité estudiantil y maestros de la Coordinadora Estatal de los Trabajadores de la Educación de Guerrero (CETEG), estaban dando una conferencia de prensa en el lugar de los primeros ataques, escucharon un estruendo mayúsculo del lado oeste del Periférico. Al voltear, observaron un grupo de hombres con los rostros cubiertos. De negro, como los federales. Se colocaron del lado de los autobuses y siguieron disparando. A todos, estudiantes, maestros, normalistas. Las balas alcanzaron a Julio César Ramírez Nava, de Tixtla, 23 años, primer semestre de Licenciatura en Educación Básica. Muerto casi al instante. La maestra Fátima Bahena recibió balas en el tórax y el pie derecho. Todos corrieron. Un alumno relata que le pidió a un camarógrafo de Televisa que filmara lo que ocurría. Se negó, “me van a matar si lo hago”, fue su respuesta. Muchos corrieron en sentido contrario a la calle de Juan Álvarez. Buscaron refugio en casas y terrenos baldíos. Esperaron cubiertos por la noche y por la lluvia. En el lugar de los hechos, una Urvan de la escuela, en la que habían llegado los dirigentes después de los primeros ataques, tenía los vidrios rotos e innumerables impactos de bala.

...y un desollado

A la mañana siguiente se dio a conocer la horrible muerte de Julio César Mondragón Fontes, de San Miguel Tecomatlán, Estado de México, 22

años, padre de una niña recién nacida. Lo encontraron a 500 metros del lugar de la última balacera, entre Periférico Norte y el bulevar a Taxco. Fue de los que corrieron solos, para salvarse. Un compañero suyo relata que desde las cinco de la mañana le dijeron lo que le había ocurrido. Los medios informaron a mediodía, con fotografías escalofriantes: la piel de la cara arrancada, las orbitas oculares vacías. Lo torturaron y lo desollaron en el sitio. Con saña inaudita.

Parte de la agresión

En los cuatro ataques de la noche del 26-27 de septiembre en Iguala, fueron asesinados tres estudiantes normalistas, el chofer del equipo Los Avispones, un futbolista de quince años y una mujer del Estado de México que viajaba en un colectivo. Se reportaron 25 heridos, entre ellos dos choferes de taxi, y 67 estudiantes desaparecidos.

Las razones de la fuerza

No hay una sola, profunda, clara. Hay muchas, que se enlazan. Cuando se intenta preguntar sobre el porqué, las razones se pierden, se vuelven simples conjeturas ante una evidencia incontestable: porque sí. Porque se puede. Porque se había podido. Porque se ha hecho. Porque sí. Y ya. ¿Hay alguna razón que pueda justificar la masacre, las desapariciones, los ataques a futbolistas, a pasajeros, a taxistas? ¿Alguna que pueda achacarse a confusiones, a excesos, a vendettas, desollar a Julio César, desaparecer a estudiantes, rafaguear a jovencitos? No hay ninguna. Sólo el procedimiento. La razón se confunde con el *modus operandi*. No hay más razón que la fuerza, los recursos, la exhibición del poder, de la capacidad de fuego, las órdenes de los poderosos.

¿Quiénes pueden disponer de las policías municipales, de las policías federales, de los militares para elaborar un cuidadoso ataque por etapas, en varios lugares, con armas de uso restringido, con distribución de responsabilidades, entre los que siguen, los que bloquean, los que disparan, los que persiguen, los que controlan accesos y salidas, los que amenazan, los que llegan a amedrentar y a controlar los daños, los que no atienden llamadas, los que no auxilian, los que niegan apoyos? ¿Quiénes?

En el uso de la fuerza contra los normalistas, no hay más razón que el ejercicio del poder. Su demostración, su uso contra una población largamente vilipendiada, contra los normalistas de Ayotzinapa, que cargaban con un estereotipo, construido por los medios y el gobierno, de radicales y extremistas, contra los mismos que durante años han sido asesinados,

perseguidos y humillados, sin ser sometidos. ¿Y por qué no, si se tiene el poder, la fuerza, las armas y los medios? No hay más razón que el uso de la fuerza, de los recursos, de la impunidad rampante. ¿Por qué? Porque se podía. Por qué se ha podido. Porque se puede. Porque sí. Y punto. No hay aporía, un simple sí. Escueto. Directo. Fin.

Como se había hecho antes, en Ayotzinapa y en Guerrero, con tantas personas, sepultadas en fosas clandestinas, con tantos cuerpos sin nombre que esperan ser reconocidos, en esa ciudad de tumbas apenas cerradas que es Iguala. Como han desaparecido a tantos, a tantas, en todo el país, sin que el grito de las familias alcance todavía a traerlas del olvido, a rescatarlas de la impunidad.

CONTROL DE DAÑOS

La noche del viernes 26 de septiembre, el alcalde de Iguala, José Luis Abarca Velázquez, bailaba en la fiesta organizada por la oficina estatal de Desarrollo Integral de la Familia (DIF), para celebrar el informe presentado por su esposa. Una hora después de los primeros dos ataques, dijo que la policía municipal, en coordinación con la estatal, le habían reportado que “un grupo de ayotzinapos [...] llegaron a Iguala; al parecer alguien los contrató para que vinieran a hacer desmadres”. No tenía reportes de heridos ni de muertos. Los disparos se hicieron al aire. En esos momentos ya estaba instalado el retén policiaco-militar en la entrada de la ciudad. Poco después, comandos en la carretera y en la ciudad efectuaban los dos ataques restantes.

Entre las nueve de la noche del 26 de septiembre y la 1:30 del 27, no se presentó ninguna autoridad en el terreno de los hechos. Ninguna. Ni siquiera el 066 había prestado atención. El ejército fue el primero en llegar, en tres patrullas, para resguardar la zona, golpear, fotografiar y amedrentar a los estudiantes: “ustedes se lo buscaron. Ustedes querían ponerse con hombrecitos, amárrense los pantalones. Eso les pasa por andar haciendo lo que hacen. Nombres. Y denos sus nombres reales. Sus nombres verdaderos, cabrones, porque si dan un nombre falso, nunca los van a encontrar”.²

Cerca de las dos de la mañana llegaron los policías ministeriales y los peritos forenses. A las tres se presentaron los de la procuraduría estatal. Más o menos al mismo tiempo que el gobernador emitía sus prime-

² “Sobreviviente de Ayotzinapa: ‘Nos decían calléense, ustedes se lo buscaron’”, 9 de octubre de 2014, en <https://www.youtube.com/watch?v=W2yBb-4B5FI> [Consulta: 22 de noviembre de 2014].

ros mensajes en *twitter*: “He instruido al Procurador General de Justicia y a los secretarios de @SSPYPC y @SaludGuerrero que se trasladen personalmente a Iguala. A efecto de que encabecen las investigaciones, para ofrecer resguardo y atención médica a las víctimas en Iguala”. A las cinco arribaron el procurador del estado, Iñaky Blanco, el subprocurador de control regional y procedimientos penales, Víctor Jorge León Maldonado y el presidente de la Comisión de Defensa de los Derechos Humanos (CDDH), Ramón Navarrete Magdaleno.

LA DEFENSA DEL ALCALDE

La noche del 26, José Luis Abarca dijo no tener reportes de muertes ni heridos. Que los policías habían disparado al aire. La mañana del 27 ya no podía seguir diciendo lo mismo. Entonces empezó una estrategia defensiva. *Primero* acudió a las más rancias prácticas de los políticos mexicanos: concitó el apoyo de la ciudadanía. Muy temprano, a las diez de la mañana en punto, 300 taxistas en caravana recorrieron la avenida Bandera Nacional para demandar paz en la ciudad y apoyar a su presidente municipal. *Segundo*, después de mediodía, en reunión con sus allegados, tomó la decisión de suspender su segundo informe de actividades, que haría a las 18 horas en la explanada de las Tres Garantías. *Tercero*, el ayuntamiento emitió un pronunciamiento de cinco puntos en el que expresa su más sentido pésame a las familias de los fallecidos; exige una investigación y que se castigue con todo el peso de la ley a los responsables; se suma para colaborar en la investigación; suspende el informe de actividades, e invita a la ciudadanía a mantener la calma. *Cuarto*, recibió la solidaridad de su corriente en el PRD, Nueva Izquierda, por boca de su dirigente estatal, Sebastián de la Rosa, quien le refrendó su apoyo político y pidió que no se hicieran acusaciones sin fundamento y que se realizara una investigación objetiva a fin de deslindar responsabilidades. *Quinto*, el apoyo cuidadoso de la dirigencia estatal de su partido, el PRD. Su presidente estatal, Carlos Reyes Torres solicitó que se investigaran los hechos y se castigara a los responsables. Pero que hasta donde sabía, fue la delincuencia organizada.

El control de la seguridad municipal

Como parte de las investigaciones iniciales, la primera acción del ministerio público fue concentrar a los 280 policías municipales en el Cuartel Regional de la Policía Estatal Preventiva. Se aseguró un arsenal de 200 pistolas 9 mm, un número indeterminado de AR-15 y 40 patrullas, para realizar distintas pruebas periciales, en criminalística de campo, fotogra-

ña forense, medicina, balística, química y genética. Con eso se le quitó capacidad de maniobra a los mandos del municipio. La segunda, fue que el responsable de la Secretaría de Seguridad Pública y Protección Civil (SSPYPC), Leonardo Vázquez Pérez, anunció la llegada de 250 policías estatales. La tercera, la coordinación del 27° Batallón de Infantería con efectivos de la Procuraduría General de Justicia del Estado (PGJE) y de la Policía Federal para asumir el control de la seguridad municipal. Cuarta, por un tiempo indeterminado: hasta que se considerara necesario. Quinto, la instalación de Bases de Operaciones Mixtas para realizar patrullajes en la ciudad y los alrededores. Sexto, el control de los filtros, puestos y retenes que anteriormente resguardaban las fuerzas municipales.

Las líneas de investigación

A las 15:30 del 27 de septiembre, el procurador general de Justicia del Estado, Iñaky Blanco Cabrera, el Secretario de Seguridad Pública, Leonardo Vázquez Pérez, el secretario general de Gobierno, Jesús Martínez Ganelo y el de Salud, Lázaro Mazón Alonso, ofrecieron una conferencia de prensa en el Cuartel Regional de la Policía del Estado. Ahí reseñaron las acciones, los resultados de las investigaciones y de la atención a las víctimas. El procurador destacó los primeros resultados y esbozó las principales líneas de investigación. En primer lugar, confirmó, por las pruebas realizadas a los policías municipales, a sus armas y equipo, que fueron ellos los responsables de los ataques. Los múltiples casquillos .223 encontrados así lo demostraban —el AR 15 es el arma oficial de la policía municipal de Iguala—. Segundo, se encontraron cartuchos percutidos de la misma arma en el ataque a futbolistas y taxistas en el cruce de Santa Teresa. Tercero, los testimonios de los normalistas refuerzan la participación de los municipales. Cuarto, en el último ataque, cuando los estudiantes daban una conferencia de prensa, el *modus operandi* revela la participación de la delincuencia organizada.

A partir de estos señalamientos, se perfilaron dos líneas de investigación: 1) el uso de la fuerza excesiva por parte de los policías municipales, lo que llevaría posteriormente a investigar la distribución de responsabilidades y la cadena de mando, directamente hacia el responsable municipal de la seguridad pública y el alcalde, y 2) la participación de la delincuencia organizada, lo que llevaría hacia terrenos más peligrosos, pues obligaría a determinar el grupo delincuencial, los móviles, las ligas con las policías municipales y, por ende, con las autoridades municipales, estatales, federales y militares.

Desde luego, decían, no era momento de fincar responsabilidades. En particular a las autoridades municipales, pero sí señalar que en caso de ser necesario, se les llamaría a declarar. Como es evidente, les sirvió de advertencia.

LAS PRIMERAS PROTESTAS

La reacción inicial de los estudiantes fue informar a sus compañeros, familiares y amigos. Desde los primeros ataques se comunicaron por celular. Por eso llegaron los del comité estudiantil a Iguala pasadas las diez de la noche. Cuando se empezaron a reunir de nuevo y llamaron a una conferencia de prensa. Cuando aparecieron los policías y los encapuchados y dispararon a mansalva.

La primera protesta fue reprimida a balazos. El blanco no sólo eran los normalistas —por lo que haya sido anteriormente—, sino los que se encontraban en la conferencia. Los informantes y los informadores: estudiantes, periodistas, miembros de la Coordinadora Estatal de los Trabajadores de la Educación de Guerrero (CETEG), profesores, camarógrafos. Contra la comunicación. Como en tantas partes.

Dice John Holloway que el origen de la protesta es un grito.³ Un ¡Basta! a todo pulmón, una negativa a tolerar lo intolerable. Sin duda, pero el grito es la forma expresiva de emociones primordiales: la ira, la rabia. Más aún, de disposiciones corporales hacia la acción. La indignación prepara al organismo, focaliza el objetivo, moviliza la energía, facilita la interacción, delimita el espacio de posibilidades de acción colectiva, permite la comunicación con los que comparten la emoción, intensifica la protesta.

Informar

Así empezaron en Iguala. Con un grito, ordenado, compartido. Por eso se dirigieron a los medios de comunicación. Tres actores, dos tácticas distintas, pero yuxtapuestas.

Los padres, familiares y compañeros de los asesinados, heridos y desaparecidos dieron una conferencia de prensa poco antes de mediodía, en el comedor de la Normal de Ayotzinapa. Informaron lo acontecido horas antes, hicieron un recuento de las agresiones, de los agresores y los agredidos, identificaron a los responsables y perfilaron sus demandas iniciales.

³ John Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Revista Herramienta, 2002.

No había duda, el ataque fue dirigido y orquestado contra los normalistas. Los policías sabían a quiénes estaban disparando. Lo hicieron con conocimiento de causa, crueldad y alevosía. En ese momento informaron que había dos estudiantes muertos: Daniel Solís Gallardo originario de Zihuatanejo y Yosivani Guerrero de la comunidad de Omeapa, municipio de Tixtla, seis heridos de gravedad y más de veinte con heridas menores. Además, advirtieron que la policía se había llevado a 25 estudiantes que no se encontraban ni en la comandancia ni en barandillas, que los debían estar torturando, como acostumbran. Dijeron que sabían que muchos otros compañeros se habían escondido en cerros, barrancas y casas de vecinos tras las persecuciones. Llamaron a sumarse a la lucha por la justicia y el castigo a los responsables de la fuerza excesiva, y exigieron juicio político y destitución del gobernador, el presidente municipal de Iguala y el secretario de Seguridad Pública de Iguala Felipe Flores Velázquez. También lamentaron el asesinato del futbolista y del chofer del equipo de Los Avispones. Por último, junto a los padres de familia, anunciaron diversas acciones contra un gobierno que acribilla a los estudiantes y a todos aquellos a que luchan en el estado.

La segunda conferencia fue alrededor de la una de la tarde, en las oficinas de la CETEG, a cargo del Movimiento Popular de Guerrero (MPG), una coordinación de organizaciones estatales en lucha, que incluye a maestros, normalistas, policías comunitarios, detractores de La Parota, organismos de derechos humanos, estudiantiles, obreros y campesinos, surgida en las movilizaciones contra la reforma educativa, el 10 de abril de 2013.⁴ Ahí condenaron los asesinatos y las agresiones contra los estudiantes, la maestra de la CETEG y los deportistas. Responsabilizaron al gobernador de la integridad física de los normalistas detenidos por la policía y convocaron a realizar acciones contundentes para destituir al gobernador.

Además, un grupo de normalistas, familiares y miembros de la CETEG tomaron dos estaciones de radio para informar de los sucesos de la noche anterior y convocar a un mitin a las siete de la tarde en el zócalo de Chilpancingo.

⁴ El Movimiento Popular Guerrerense (MPG) se formó el 10 de abril de 2013, como parte de las acciones de resistencia contra la reforma educativa. Se estructura a partir de la Asamblea de la Coordinadora Estatal de Trabajadores de la Educación en Guerrero (CETEG), más otras organizaciones que se sumaron al movimiento, entre ellas la Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias (CRAC), el Sindicato Mexicano de Electricistas, la Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ), el Movimiento Social de Izquierdas (MSI), #YoSoy132 Acapulco.

Manifestar

La primera movilización se realizó el mismo 27 de septiembre, a las 19 horas, en el zócalo de Chilpancingo. Llegaron poco más de 200 personas, entre familiares, amigos, normalistas, maestro e integrantes del MPG. El orador del movimiento recordó el asesinato de otros dos estudiantes de Ayotzinapa en 2011, la impunidad y la burla de la justicia que existe en el estado. Por eso, ya no debían limitarse a exigir justicia, sino que había llegado la hora de destituir al gobernador. Por su parte, el dirigente del Frente Unido de Normales Públicas del Estado de Guerrero (FUNPEG), convocó a otra marcha, el 28 de septiembre a la misma hora, que recorrería varios puntos de la ciudad, partiendo de la plazuela Unidos por Guerrero.

Solidaridades inmediatas

Las protestas no son únicamente las que resultan de la movilización y las posturas de organizaciones sociales involucradas directamente; el mismo 27 de septiembre, se pronunciaron personalidades, consejos y federaciones. La primera fue la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM), que aglutina a las normales rurales del país. Denunciaron los asesinatos y la represión que otra vez se ejerce contra los estudiantes de Ayotzinapa, se solidarizaron con su lucha y “Hacemos un llamado urgente a la sociedad mexicana a romper el cerco informativo, a no callarse, a difundirlo en las redes sociales, a colocar una leyenda en los autos repudiando la agresión y a estar atentos a las actividades de protesta”.

En sentido estricto, un nodo de articulación más, en ese momento declarativo. Del mismo modo, se pronunciaron los asistentes a la Audiencia Final del Eje de Guerra Sucia del Tribunal Permanente de los Pueblos, Capítulo México, en la que confluyeron 24 organizaciones sociales. Por su parte, el escritor Juan Villoro, al condenar las agresiones de Iguala, recordó que en México los jóvenes tienen el riesgo de ser daños colaterales.

Redes sociales

El 26 de septiembre, los medios de comunicación escrita, radiofónica y televisiva, así como *twitter* y *facebook*, estaban plagados de noticias y debates sobre el dictamen de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) sobre la muerte de los dos normalistas de Ayotzinapa en 2011. Los diputados del PRD se mostraban en contra, pues consideraban se había exculpado al gobierno de Felipe Calderón y a los mandos federales, y llamaban a realizar una investigación autónoma e independiente, por su cuenta.

Otros se ocupaban de las declaraciones del secretario de Gobernación, Osorio Chong, sobre el caso Tlatlaya. Ramzar Jorman, por ejemplo, escribía a las 17:31 del 26 de septiembre: “@fernandeznorona @jairocalixto Sí, puras excepciones: #Tlatlaya #Tlatelolco68 #CascoStoTomás71 #Ayotzinapa #Atenco #Chiapas”.

En la noche, las redes sociales empezaron a dar a conocer la noticia de las agresiones en Iguala. Una de la primeras fue la de Torres: “Fuerte persecución entre normalistas de Ayotzinapa y policía municipal de #Iguala, #Guerrero en el centro de la ciudad...”, a las 22:57 del 26 de septiembre. Poco después, a las 23:39, José Luis López, escribió que “De manera extraoficial se informa que la balacera en #Iguala dejó a tres estudiantes de la normal de Ayotzinapa muertos”. Tuits informativos, dudosos, que Amy leninista, lamentó a las 23:58: “Nuevamente Ayotzinapa... <http://fb.me/43TXpJVFj>”. Y Lester Giovanni preguntaba en un tuit a Julio Astillero: “Hoy volvieron a matar a estudiantes de Ayotzinapa en Iguala, Gro. ¿Hasta cuándo dejarán de derramar sangre de normalistas?”

Trasfondo informativo colocó a las 0:11 una crónica de los primeros ataques; y Amy leninista escribió en su cuenta de Facebook a las 0:37: “Denunciamos el cruel asesinato de un estudiante de la Normal de Ayotzinapa, así como la represión a varios estudiantes que fueron golpeados, aprehendidos y heridos. Una vez más el gobierno represor y asesino de Ángel Aguirre Rivero se mancha de sangre y nuevamente pone de luto a nuestra escuela Normal de Ayotzinapa”. Torres, a las 0:25 tuiteó que “Normalistas de Ayotzinapa denuncian agresión a balazos por parte de la Policía Municipal de Iguala... conferencia de prensa en unos minutos”.

López Caste empezó a hacer relaciones primarias desde la 1:01 del 27 de septiembre: “hoy fue el informe de la presidenta del dif de Iguala, protestaron estudiantes de Ayotzinapa y fueron brutalmente repeimi2”. Tres minutos ms tarde, identificó al responsable: “@AristeguiOnline el presidente municipal de Iguala es el responsable de lo que les ocurra a los estudiantes de Ayotzinapa”. A la 1:35, SoloEnChilpancingo informó que “En #Tixtla bocean para movilización para apoyo a la normal rural de #Ayotzinapa”. Jacob Morant, afirmó que “Policías municipales de #Iguala matan a estudiante normalista de Ayotzinapa, hieren a otro, está grave. Hay 20 detenidos y sigue persecución”, en su tuit de la 1:43.

Armando OsorioChulín fue de los primeros en vincular la lucha de los politécnicos con los normalistas: “#TodosSomosPolitecnico Repudiamos Asesinato de estudiante de Ayotzinapa, 2 graves a manos de policías de Iguala”, a la 1:44. VicFolken inició las sentencias: “Un gobierno

que asesina maestros no puede buscar educación #Ayotzinapa #Libre”, a las 2:11. Johnny T. Zamudio reclamó justicia: “¿Quién dio la orden de balear a estudiantes de #ayotzinapa? —Gobierno del Estado ojalá pagas al culpable!! ¡JUSTICIA!”, a las 2:27. Jacob Morant fue el primero en llamar la atención sobre los estudiantes desaparecidos, a las 4:16: “Hay más de 50 estudiantes desaparecidos informa el dirigente de la normal de #Ayotzinapa en #Iguala”. El Consejo Estudiantil le exigió al gobernador la “inmediata detención de los asesinos de normalistas en Ayotzinapa”, con un *hashtag* que se volvería viral, #TodosSomosAyotzinapa, a las 13:53. Una hora más tarde, las correlaciones ya eran frecuentes. Shakti lo puso así; “TodosSomosPolitecnico y también #TodosSomosAyotzinapa”. Y dos minutos después, escribió: “Que en todo el mundo se sepa que #México es un país que asesina a sus estudiantes #TodosSomosAyotzinapa”. Por la noche, los intercambios digitales ya estaban perfilando hipótesis y tendencias. Somos Guerrero dijo a las 21:03: “#TodosSomosAyotzinapa Narcogobierno de #Guerrero masacra normalistas #Ayotzinapa”. Incluía una foto del gobernador abrazando al presidente municipal de Iguala.

Los mensajes en las redes son muy diversos. Cumplen funciones distintas. Exploran acontecimientos, cuestionan, relacionan ideas, eventos, declaraciones, numeralia; convocan, preguntan, elaboran hipótesis, analizan, recuerdan, condenan, vinculan. Son manifestaciones expresivas de una multitud en proceso, en relación, que toma un acontecimiento y lo disecciona, lo valora, lo cuestiona, lo analiza, lo juzga y, también, participa en la formulación de la contienda.

El ensamble inicial

Desde el primer día, la protesta se configuró en red, con diferentes líneas, vértices y estratos. Primero, el de la Normal, una articulación densa de estudiantes, a partir de una organización estructurada y jerarquizada, dirigida por un comité estudiantil, que funciona en un espacio cerrado y delimitado, con fuertes raigambres identitarias. Segundo, los padres de familia, un grupo heterogéneo, coaligado al instante, con diferencias culturales, políticas, religiosas y territoriales. Tercero, el Movimiento Popular de Guerrero (MPG), una coordinación de asociaciones estatales, con diferentes objetivos, experiencias y modos de organización, que surgió el 10 de abril de 2013, durante las protestas magisteriales por la reforma educativa, en donde la CETEG tiene un peso determinante. Una red de menor densidad, pero mayor amplitud, en los frentes sociales y en la geografía del Estado.

Los tres vértices dieron una respuesta inmediata. Su repertorio de movilización incluyó acciones informativas —en las conferencias de prensa—; acciones directas, con la toma por algunos minutos de dos estaciones de radio, y acciones demostrativas, en el mitin en Chilpancingo. Las protestas se desplegaron rápidamente en tres lugares: Iguala, Chilpancingo y Tixtla. En las tres participaron de manera conjunta los padres de familia, los estudiantes de Ayotzinapa y los integrantes del MPG.

A esos vértices fuertemente vinculados, se les añaden enlaces diversos, a partir de protestas heterogéneas, del Tribunal de los Pueblos, de personas y organizaciones hermanas. Todavía en un nivel declarativo e informal. Por último, un nuevo estrato, o dimensión de la protesta, se genera en las redes sociales, con una multitud de aristas, de tonalidades, densidades y emotividades diversas. Desde las puramente informativas, hasta las declarativas y las propositivas. Es una red distinta, descentralizada y fuertemente correlacionada con otras que en ese momento se empezaban a articular, alrededor de la lucha de los estudiantes del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y de los asesinatos de Tlatlaya.

Los rezongos negros

En la tarde del 27 de septiembre, alrededor de un centenar de familiares de los policías municipales se manifestaron para exigir su liberación. En la protesta, se pudo observar una manta en la que se acusaba al procurador del estado, Iñaky Blanco Cabrera, de favorecer a Los Rojos en su lucha contra los Guerreros Unidos por el control de Iguala.

La dinámica estatal de la contienda

Los tiempos de la protesta no son cronológicos, se rigen por intensidades, por flujos emocionales y pragmáticos, conceptuales y problemáticos. En Iguala, desde el primer día se definieron los ejes y estratos de la protesta: después, se fueron formando sus distintos componentes, en la lógica del enfrentamiento, en las pujas y contrapujas con los gobiernos responsables. Esto es central. La protesta se desenvuelve en una contienda, le da forma y se forma en ella. Por eso hay que considerar siempre los movimientos de los adversarios, a los que hay que responder, incitar, evitar. Muchas protestas son respuestas a las iniciativas del gobierno, de los gobiernos. De sus acciones u omisiones. De sus logros, tardanzas o mentiras. Por eso, si en un principio se trataba de informar, visibilizar, sensibilizar, después del 2 de octubre la protesta opera por problematizaciones, por tácticas de enfrentamiento localizado y puntual.

SIMULACROS, LOS JUEGOS DEL PODER

Después de una agresión abierta, de muertos, heridos y desaparecidos en Iguala, de ataques indiscriminados en los que murieron tres jóvenes, un niño, un taxista y una señora del Estado de México, se abrió una confrontación distinta. La de las protestas y el modo de atender las repercusiones de los agravios. Primero intentaron negar la masacre —el presidente municipal dijo después de los primeros dos ataques no saber nada, y luego haber ordenado que no les pasara nada, y cuatro días después todavía seguía sin saber que hubo muertos y desaparecidos—; de minimizarla —dispararon al aire—, de legitimarla —una confrontación con los estudiantes que lanzaron piedras, una reacción a sus frecuentes desmanes, como lo titularon los diarios al día siguiente—, de reducirla a un problema de la policía municipal —cuando el ejército y la policía federal pusieron retenes, revisaron camiones, bajaron estudiantes y cuando llegaron al lu-

gar de los ataques, con muertos y heridos ahí mismo, los amedrentaron, los amenazaron, los fotografiaron, los redujeron—, más tarde pretendieron confundir el destino de los desaparecidos —no estaban en ventanilla, no estaban en el ministerio público, nadie sabía quién se los llevo—. Lo intentaron, pero la magnitud de la agresión, el descaro, la información en redes, la respuesta rápida de padres, compañeros y maestros, lo impidió. De ahí en adelante se abrieron varias líneas o aristas de la confrontación. Una de ellas es la de los responsables del control de la situación, los gobernantes, de los tres niveles de gobierno, pero también los partidos, los legisladores, la burocracia de los derechos humanos. Se trata de una lucha por la dirección de la respuesta, por la asignación de responsabilidades, por la construcción de una estrategia de atención y respuesta a la masacre y a las protestas.

La fuga del alcalde

El lunes 29 de septiembre, se dio un paso importante en la definición de los responsables directos de las agresiones. El fiscal del estado declaró que había pruebas de que los policías municipales participaron en todos los ataques. No había duda, por las pruebas periciales de balística. Los 22 policías fueron consignados y llevados al penal de Acapulco acusados de homicidio calificado. Eso dio paso a la pregunta evidente de la cadena de mando: ¿quién y por qué dio la orden de atacar de ese modo a los normalistas? La hizo el mismo secretario de Gobernación. La respuesta: serán citados el alcalde de Iguala y el secretario municipal de Seguridad Pública, y se les podrán fincar responsabilidades.

En ese momento se definió la suerte del alcalde. Citó a una reunión de cabildo el martes 30, a las 15 horas. José Luis Abarca y su esposa llegaron 17 minutos después. Cuatro minutos más tarde inició la sesión. El único punto, la solicitud de licencia temporal del alcalde por un mes. Fue aprobada por unanimidad. Leyó un discurso breve, en el que solicitaba licencia para “no entorpecer las investigaciones”, y pidió que a los 22 policías municipales detenidos, “ante el aberrante abuso de autoridad del que a la fecha se les acusa, sean juzgados y castigados otorgándoles todas las garantías que la Constitución otorga”.¹

¹ Alejandro Guerrero (Iguala), especial para SinEmbargo, y Laura Cordero (DF), “El Alcalde de Iguala pidió licencia, salió por una puerta trasera del cabildo... y adiós”, Sin embargo.mx, 1 de octubre de 2014, <http://www.sinembargo.mx/01-10-2014/1131479> [Consulta: 20 de noviembre de 2014].